



Las contingencias de los medios sociales

## Participación y democracia alternativa

PETER DAHLGREN

Este texto explora la web y los medios sociales con la democracia como telón de fondo, centrándose en los debates sobre la importancia de estos medios de comunicación. Subrayo su utilidad al mismo tiempo que enfatizo la importancia de analizarlos en su contexto, evitando el determinismo tecnológico. A partir de ahí, examino el concepto de participación, señalando su conexión con las relaciones de poder. A continuación, menciono brevemente algunas contingencias clave de los medios sociales que, por un lado, hacen posible su uso y, por otro, lo determinan y limitan. Estas contingencias incluyen su economía política y su arquitectura técnica, así como patrones socioculturales. Hago particular hincapié en lo que denomino esfera solista, la preocupante tendencia a la participación privatizada a través de una pantalla. El texto concluye con algunas reflexiones sobre la necesidad de comprender la participación ejercida a través de los medios sociales teniendo en cuenta sus contingencias relevantes más importantes.

Palabras clave: Medios sociales, la web, internet, participación política, democracia alternativa.

This text explores the Web and social media against the backdrop of democracy, highlighting the debates over the significance of these media. I underscore their utility but emphasise that we must understand them in context and avoid technological determinism. Thereafter I conceptually probe the notion of participation, emphasizing its connection to power relations. From there I briefly take up some key contingencies of social media, which make possible but also shape and delimit their use. These contingencies include their political economy and technical architecture, as well as socio-cultural patterns. I note especially what I call the solo sphere, the troubling tendency toward privatised, screen-based participation. The text concludes with a few reflections on the need to grasp participation via social media in terms of the major relevant contingencies.

Keywords: Social media, the Web, Internet, political participation, alternative democracy.

PETER DAHLGREN es catedrático emérito del Departamento de Comunicación y Medios de la Universidad de Lund, Suecia. Su último libro publicado es *The Political Web* (Palgrave, 2013).

ACTUALMENTE EUROPA —como de hecho sucede en gran parte del mundo, de distintas maneras— se está enfrentando a dificultades en el terreno de la democracia. Hay fuerzas que luchan por protegerla, ampliarla y darle profundidad, mientras que otras ejercen su influencia —de manera explícita o implícita— para debilitarla y socavarla. Esto es cierto tanto a nivel local como nacional y regional. No hay que olvidar que las dificultades de la Unión Europea (UE), que a menudo se enmarcan en el terreno económico y financiero, también representan en lo más profundo una manifestación de la crisis de la democracia en sí misma. La democracia constituye un orden complejo e intrincado, que ha de satisfacer muchos requisitos, desde la rendición de cuentas de los funcionarios electos hasta el buen funcionamiento del poder judicial, desde el cumplimiento de los principios de igualdad y universalidad hasta el bienestar y la protección básicas de sus ciudadanos. Uno de los requisitos clave para la vida de la democracia es la participación de sus ciudadanos. La democracia es algo así como un evento social: si nadie aparece, no puede suceder. La cantidad y el tipo de participación necesarios han sido y seguirán siendo objeto de debate, dado que, en el fondo, el concepto de democracia sigue estando sometido a examen; existen múltiples modelos en circulación en la filosofía política y muchos Estados actuales que se aplican la denominación “democrático”, a pesar de que sus caracteres políticos sean marcadamente diferentes.

A pesar de todo esto, la participación de los ciudadanos sigue siendo un elemento central; incluso, los dictadores organizan a multitudes que los aclamen, para así contribuir a mantener la ilusión de un apoyo popular legítimo. En Occidente nos hemos ido acostumbrando a lo largo de las últimas dos décadas a la sensación de que nuestras democracias no funcionan bien, y el descenso de la participación política es uno de los indicadores clave de esta tendencia. Aunque en este descenso se combinen diversos factores complejos, la retirada civil de la esfera pública y de los partidos políticos oficiales, en particular, se ha convertido en un tema dominante del análisis político contemporáneo. Aun así, esto no es todo, ya que simultáneamente se ha observado un aumento de la participación, especialmente fuera del contexto de los partidos políticos, que ha tomado una variedad de formas.

Esta repolitización —si podemos darle ese nombre— no solo manifiesta una diversidad de convicciones políticas, sino también nuevas formas de hacer política y nuevos modos de participación política, que pueden señalar transformaciones en la propia cultura política. Aunque algunas de estas expresiones políticas extraparlamentarias son decididamente antidemocráticas e, incluso, racistas y/o fascistas en algunos casos, la mayoría tienen por objeto ampliar y dar profundidad a la democracia. El politólogo francés Pierre Rosanvallon (2008) ha acuñado el término “contrademocracia” para referirse a las iniciativas de grupos heterogéneos, redes, organizaciones y movimientos que luchan de distintas maneras para ejercer el poder democrático de manera indirecta, al margen de las estructuras formales de la democracia representativa —que, por diferentes motivos, se ha quedado atascada. Yo soy de su misma opinión en este sentido, pero prefiero utilizar el término democracia alternativa, que me parece más claro.

Todos los distintos grupos, redes, organizaciones y movimientos sociales que participan en la democracia alternativa hacen uso de la web (comprendida de manera amplia, incluyendo las tecnologías móviles). Desde luego, uno podría decir que la web, especialmente a través de los medios

sociales, se ha convertido en el denominador común del nuevo y heterogéneo paisaje político. Tras su emergencia, los medios sociales, como YouTube, Facebook, Twitter y los blogs, se han convertido en lugares de la esfera pública y en herramientas de participación democrática, lo cual ha generado polémica y debate. Algunos observadores defienden con certeza el papel positivo que estos medios pueden desempeñar, mientras que otros se muestran menos apasionados. Aquí se reconocen las dos facciones, pesimista y optimista, que llevan acompañándonos desde que el papel democrático de Internet comenzara a ser objeto de debate, muy poco tiempo después de que hiciera su aparición como fenómeno social a mediados de los 90. El papel que desempeña el medio con respecto a la democracia, importante desde el principio al extenderse el alcance de la prensa y de la alfabetización en masa, solo ha ido en aumento, y hoy en día estas tecnologías, ya en la fase web 2.0, y los medios sociales son un elemento fundamental del carácter y la dinámica de la vida política.

En este artículo examinaré la noción de participación política, enfocándolo desde la perspectiva de las TIC en general y de los medios sociales en particular. Mi objetivo consiste en elucidar algunos de los argumentos e indicios principales tanto a favor como en contra de confiar en estos medios como vehículos que puedan ponerse al servicio de la democracia. Mi argumentación se basa en la noción de contingencia: para comprender un fenómeno concreto necesitamos examinar los factores que lo hacen posible, que lo determinan y limitan, en unas circunstancias determinadas. Por lo tanto, necesitamos considerar aquellos factores que influyen sobre los medios sociales, sean como tecnologías o como recursos socioculturales que definen gran parte del entorno web, que a su vez se ha convertido en una de las dimensiones principales de nuestra vida diaria. No pretendo llegar a una evaluación final y universalmente válida, positiva o negativa, sobre la relación entre los medios sociales y la participación democrática. En cambio, este planteamiento de sentido común debería servirnos de trampolín para emprender un análisis continuado del papel en continua evolución de estos medios en democracias que también se encuentran en transición (trato este tema con más detalle en Dahlgren, 2013). En el mejor de los casos, deberíamos intentar llegar a conclusiones provisionales que resulten relevantes a unas circunstancias concretas y en continuo cambio.

Comenzaré refiriéndome a la web y a los medios sociales en el contexto de la democracia, haciendo referencia a los debates sobre la importancia de estos medios de comunicación. A partir de ahí, cuestionaré el concepto de participación, señalando su conexión con las relaciones de poder. A continuación, mencionaré brevemente algunas contingencias clave de los medios sociales: su economía política y su arquitectura técnica, además de los patrones socioculturales que afectan al uso que se hace de ellos. Haré particular hincapié en lo que denomino esfera solista, la preocupante tendencia a la participación privatizada a través de una pantalla. Concluiré con algunas reflexiones sobre la necesidad de comprender la participación a través de los medios sociales teniendo en cuenta sus contingencias relevantes más importantes.

#### EL ENTORNO WEB, LOS MEDIOS SOCIALES Y LA DEMOCRACIA

A nivel general, la web se ha convertido en un entorno cada vez más omnipresente, al que más y más gente dedica gran parte de su tiempo con una variedad de propósitos (Baym, 2010). En particular, las personas de las gene-

raciones más jóvenes hacen uso de las características que ofrecen estas tecnologías de la comunicación de manera activa y creativa. El paisaje actual de los medios disponibles en Internet, a menudo resumido bajo la rúbrica web 2.0, ofrece la oportunidad no solo de enviar palabras escritas o habladas, sino también de producir, subir, remezclar, conectar y compartir materiales de maneras cada vez más colaborativas y complejas. El nuevo terreno cultural es emocionante, pero también puede resultar bastante confuso (véase Lovink, 2011), con su transmutación de las prácticas cotidianas, las identidades y las relaciones. La web y los medios sociales, en particular, no se *visitan* exclusivamente de manera ocasional para buscar algo especial, sino que cada vez están más integrados en el paisaje cotidiano de las personas. Desde la interacción social con otras personas hasta los blogs de cotilleo, desde las búsquedas de música hasta las noticias, desde comprar hasta encontrar pareja, el entorno web se está convirtiendo en un lugar con el que se cuenta y en el que se insertan cada vez más las vidas de las personas. Influye sobre las estrategias y tácticas cotidianas y sobre los marcos de referencia que les dan sentido.

En lo que se refiere a la democracia, un atributo importante de la web es su capacidad para facilitar la comunicación horizontal: las personas y las organizaciones pueden conectarse directamente entre sí para compartir información y relación, para apoyar, organizar, movilizar o solidificar identidades colectivas. Esta característica las hace ideales como medios civiles— y, por supuesto, refleja su carácter de red. La noción de red se ha convertido en un tema central de la teoría social en general y, por supuesto, se ha intensificado recientemente a resultas del crecimiento de la web (véase Kadushin, 2012; Rainie y Wellman, 2012; Pappacharissi, 2011). Las redes sociales mediadas se convierten en nodos policéntricos, ofreciendo una estructura de comunicación capaz de fomentar relaciones sociales democráticas. Van Dijk, 2012, subraya que la conectividad, mejorada por medio de la velocidad de la comunicación y la dispersión social, amplifica la lógica general de las redes sociales, como se puede comprobar en los mecanismos de "contagio" y "efecto viral": al mismo tiempo que intensifica la competitividad para conseguir atención.

Estos desarrollos afectan al carácter de las prácticas civiles y los modos de participación. Es importante subrayar el carácter social de este tipo de actividad: promueve el capital social y contribuye a forjar identidades colectivas. Esta lubricación digital de lo social también es esencial para la emergencia de lo político, para que las personas puedan asumir su identidad como agentes políticos e involucrarse con antagonismos sociales colectivos donde quiera que surjan (véase en Mouffe, 2005, un tratamiento de la noción de lo político como dimensión fundamental del mundo social y algo más amplio que la política institucionalizada). Las herramientas son cada vez más eficaces, más asequibles y más fáciles de utilizar. En breve, se podría decir que los medios sociales en particular son de gran ayuda a la hora de promover un empoderamiento civil subjetivo, un mayor sentido de agencia que puede servirse de muchas y diversas prácticas para la participación política.

Los nuevos medios digitales son, desde luego, parte de un mundo social y cultural mucho mayor, que se entrelaza con las vidas de las personas fuera de Internet, así como con el funcionamiento de grupos, organizaciones e instituciones (Couldry, 2012). Según la web comenzaba a repercutir sobre la vida política, rápidamente surgió el debate sobre lo que esto podía implicar para la democracia. Algunos autores, como Benckler (2006), Sunstein (2008) y Castells (2010; 2012) se muestran optimistas. Otros son más pesimistas y se

centran en las limitaciones que tiene la web como herramienta democrática (por ejemplo, Hindman, 2009); por un lado, las investigaciones indican que la utilización de la web con fines políticos se encuentra en las posiciones más bajas de la lista de usos posibles, muy por debajo del consumo, el entretenimiento, los contactos sociales, la pornografía y otros. Además, aunque la red sea una herramienta impresionante de dimensiones históricas, por sí misma no moviliza políticamente a los ciudadanos poco participativos. Morozov (2011) argumenta que las posibilidades democráticas de la web se han sobredimensionado, y que la tecnología de Internet no solo no está consiguiendo democratizar el mundo, sino que está siendo utilizada por regímenes autoritarios para controlar a sus ciudadanos y reprimir la disconformidad.

Claramente, la web no funciona en un vacío social, y los medios sociales no deberían ser vistos como una solución simple a los problemas de la democracia (véanse las colecciones recientes de Loader y Mercea, 2009; y Feenberg y Freisen, 2012). A pesar de que los debates actuales eviten decir que la alta tecnología represente una clara contribución a la democracia, la opinión de que la web tiene potencial para facilitar la participación democrática sigue manifestándose con fuerza. No hay duda de que la web puede ejercer una clara influencia: contribuyendo a las transformaciones en masa de la sociedad contemporánea a todos los niveles, también ha alterado de manera dramática las premisas y la infraestructura de la esfera pública de distintas maneras y, por lo tanto, ha redefinido las premisas y el carácter de la participación política. Además, aunque la política siga siendo de uso limitado, los medios sociales favorecen que lo político emerja en la comunicación por Internet. La política puede "estallar" incluso de manera inesperada y tener un efecto viral, especialmente las nuevas formas de política pospartidista que están en ascenso.

#### **PARTICIPACIÓN: REPERTORIOS DE PRÁCTICAS CIVILES**

El concepto de participación proviene de diferentes campos y discursos en el ámbito de las ciencias sociales y, por lo tanto, su significado puede ser un poco difícil de aprehender. En los estudios dedicados a la comunicación y a los medios, particularmente cuando el plan de investigación se ocupa de la participación social y la política, se hace patente una falta de claridad o estabilidad (véase Carpentier, 2011). En lugar de intentar dar una definición definitiva, presentaré lo que para mí son características clave de la participación en la esfera de la sociedad civil y de la política que me parecen útiles desde un punto de vista analítico.

En primer lugar, inspirado por Carpentier (2011), plantearía la importancia de distinguir entre participación y algunos términos asociados. En particular, la participación no debería confundirse con el mero acceso a los medios, ni con la interacción (bidireccional). Ambas cosas son necesarias, pero ninguna de ellas es suficiente. La carencia de estos dos términos consiste en que básicamente evitan la cuestión de las relaciones de poder. Hoy en día, encontramos demasiados entornos en los que se evoca la participación de manera retórica, pero se limita al acceso o la interacción ("¡Entra en Internet y expresa tus opiniones al ayuntamiento; participa en el gobierno local!"). La participación democrática debe, en algún momento y de alguna manera, actualizar las relaciones de poder, por débiles o remotas que parezcan. La representación formalizada y el voto —asumiendo su validez y transparencia— encarnan la participación, al igual que otros innumerables microcontextos

de contribución ciudadana. En última instancia, la participación tiene que ver con el reparto de poder, y si este se encuentra estructuralmente ausente o sistemáticamente minado, entonces, eso que se está denominando participación, sea lo que sea, ha de ser contemplado con el máximo escepticismo o, desde luego, etiquetado como fraudulento. Este puede parecer un criterio severo, pero no representa ni más ni menos que la esencia de la democracia.

Siguiendo este argumento, también podemos decir que la participación es la manifestación de la ciudadanía, se convierte de manera fundamental en una expresión de la agencia civil. En concreto, la participación no es una sola cosa concreta, sino un término que encapsula lo que, inevitablemente, deben de ser una amplia variedad de prácticas, que evolucionan, cambian, desaparecen y vuelven a emerger en diferentes escenarios. El voto es la forma más obvia y corriente que toma la práctica civil, pero de ninguna manera la única. Organizar, movilizar, reclutar, celebrar reuniones, debatir, ejercer presión, hacer peticiones, manifestarse, ponerse en contacto con los representantes. Estas son solo algunas de las muchas formas que pueden tomar las prácticas civiles, y cada una de ellas se puede llevar a cabo de muchas maneras, dependiendo de las circunstancias (y deberíamos señalar que todas ellas requieren el uso de destrezas comunicativas).

Por lo tanto, el uso cada vez mayor que los ciudadanos hacen de los medios sociales está introduciendo muchas innovaciones en las prácticas civiles. Las prácticas civiles emergen y se desarrollan en la interacción con el conocimiento, los valores, la confianza y con las no menos importantes identidades civiles relevantes; posiciones subjetivas a través de las cuales las personas se perciben a sí mismas como actores políticos lo suficientemente empoderados como para involucrarse en la vida política. Estos elementos comprenden lo que yo llamo culturas civiles. Estas pueden entenderse como recursos cotidianamente disponibles que permiten una participación política democrática; el carácter y el grado de participación democrática en cualquier contexto en particular se puede analizar en gran parte a través de las culturas civiles (véase un tratamiento más detallado de este tema en Dahlgren, 2009).

Conceptualmente se podría optar por una noción muy amplia de participación y decir que todas las formas de práctica civil suponen participación. Otra opción sería definir la participación de manera más restringida como únicamente aquellas prácticas que de alguna manera estén relacionadas con la toma de decisiones. Existen argumentos para defender ambas posibilidades; yo me decanto por la definición más amplia, dado que esto sitúa la participación en lo profundo de los micro-tejidos informales de la vida cotidiana democrática, donde surge en última instancia lo político. Sin embargo, no existen fronteras absolutas entre lo personal y privado y lo público, entre lo cultural y lo político, entre el consumidor y el ciudadano; lo político no tiene estatus ontológico, sino que emerge a través de la protesta agonista, es decir, allí donde se genera el conflicto colectivo. Sin embargo, la clave está en que la participación está relacionada con las prácticas civiles y, por lo tanto, forma parte de la esencia misma de la democracia, no solo como un sistema formalizado, sino como forma de vida.

#### LOS HORIZONTES DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

La economía política y la arquitectura técnica de la web, en general, y de los medios sociales, en particular, subrayan que estas tecnologías de la comunicación no solo suponen una infraestructura fantástica para todo

tipo de fines, sino también que son más que plataformas neutrales para la participación (McChesney, 2013). Su organización actual plantea serios problemas desde el punto de vista de la democracia. En palabras de Curran, Freedman y Fenton (2012: 179), “Internet en sí misma no está constituida exclusivamente por su tecnología, sino también por el modo en que es regulada y controlada”. Estas contingencias están, por así decirlo, incorporadas en la actual arquitectura de la web, en su lógica financiera y en sus interfaces con la vida social contemporánea. En otras palabras, dado el modo actual en que está organizada, estas características son parte del “pacto”; no podemos tener medios sociales libres de estos aspectos.

El empoderamiento que ofrece la red a los ciudadanos se ve confrontado por otras relaciones de poder que colocan a los ciudadanos en una posición subordinada. Estas contradicciones sugieren tensiones de poder e intereses continuos, un aspecto que necesitamos mantener en mente para comprender las conexiones que hay entre web y democracia. Según la expresión social de la política que va tomando una mayor presencia en Internet, las estructuras del poder establecido existentes en la sociedad se ven cada vez más mediadas, solidificadas, negociadas y desafiadas a través de estos medios. El hecho de que grandes empresas mediáticas sean responsables no solo de los contenidos, sino también del acceso, puede fácilmente contribuir a ampliar las brechas digitales existentes, o a la creación de brechas nuevas. Deberíamos recelar, especialmente teniendo en cuenta que gran parte del discurso habitual sobre las redes habla de neutralidad.

Hoy en día, con más de dos mil millones de personas actuando en Internet de manera global (y, aproximadamente, la mitad de ellos haciéndolo a través de Facebook), la web es un foco de intensa expansión capitalista (Dwyer, 2010). De los veinte sitios web más visitados en los Estados Unidos, solo uno, Wikipedia, no tiene ánimo de lucro por medio de la publicidad (Fuchs, 2011: 273). La lógica comercial creciente de la web y su acelerada transformación en producto de consumo alteran nuestra manera de concebirla y utilizarla. Los medios sociales se han convertido en terreno abierto para el marketing intensivo, las relaciones públicas y las actividades empresariales. Van Dijk (2013) muestra cómo la lógica de Facebook (y otras plataformas de medios sociales) ha ido acercándose desde la mitad de la última década a las conexiones automáticas, motivada por la tecnología y los modelos económicos. Esto reemplaza el modelo original de conectividad, promovida y controlada por el usuario, y muestra una apropiación depredadora de lo social: la noción de “amigo” pasa a formar parte de la lógica del mercado, que a su vez la corrompe.

El patrón de las políticas de desregulación en los medios tradicionales se replica en los nuevos medios, en los que la convergencia de contenidos y la concentración de propiedad también son muy fuertes. La prominencia de Google y de unos pocos gigantes globales más en las industrias de la información engendra de por sí una serie de cuestiones problemáticas para la democracia (Cleland y Brodsky, 2011; Fuchs, 2011; Vaidhyanatha, 2011). Google se ha convertido en una enorme concentración de poder que en gran parte no rinde cuentas mientras se esconde tras el alegre lema corporativo “No seas malo” y crece sobre la confianza considerable que ha conseguido generar. Sin embargo, cada vez se plantean más cuestiones de gravedad sobre la propiedad intelectual y la privacidad, sobre cómo está haciendo uso de la información, sobre el propio plan de Google para conseguir organizar el

conocimiento a escala global (por ejemplo, Google Books) y sobre el papel que desempeña en la democracia. Todo esto no tiene por objeto minimizar sus logros, sin duda impresionantes, sino más bien poner de manifiesto que la posición que ha conseguido y las actividades que realiza (bastante lógicas, dada su posición) suscitan cuestiones relacionadas con la información, la democracia, la rendición de cuentas y el poder en la web.

Al hacer uso de los medios sociales dejamos todo tipo de rastros electrónicos acerca de nosotros; esta información personal se recoge, se almacena, se procesa, se vende y se utiliza —la mayor parte de las veces de manera ilegal— con fines comerciales. Uno de los resultados de esta estrategia es una publicidad cada vez más personalizada, dirigida a los consumidores de manera individualizada (Turow, 2011). La falta de privacidad se extiende también a nuestras relaciones sociales, aparentemente no económicas: por ejemplo, Facebook se está convirtiendo en un terreno cada vez más peligroso en lo que se refiere a cuestiones de privacidad, y los marcos legales no consiguen mantenerse al día (véase Andrews, 2011; MacKinnon, 2012; Van Dijk, 2013).

La utilidad de la información es contextual; un simple cambio de contexto puede hacer que la información personal adquiera importancia más allá del beneficio comercial; tenemos motivos para preocuparnos. Además, la personalización de la información ha supuesto que en los últimos tres años, aproximadamente, los motores de búsqueda muestren resultados basados en el perfil que han elaborado de la persona que realiza la búsqueda (Pariser, 2011). De este modo, dos personas que realicen una misma búsqueda pueden no conseguir los mismos resultados, lo cual puede desbaratar la noción de conocimiento público compartido.

Además de los peligros que suponen estas contingencias particulares de la web para la participación, existen otros factores sociales y culturales, contingencias que influyen sobre el modo de uso de los medios sociales para la participación política. Pasemos a verlos.

#### CORRIENTES SOCIOCULTURALES 1: MODOS POSTEXTUALES

El uso que se hace de las tecnologías y las consecuencias de su difusión en la sociedad dependen de una variedad de factores relevantes, incluyendo los patrones sociales y los horizontes culturales. Demasiado a menudo, los responsables políticos, los analistas y los comentaristas populares pueden seguir cayendo en el determinismo tecnológico, es decir, en ver solo lo que la tecnología específica puede o debe hacer, al tiempo que ignoran los contextos socioculturales específicos que influyen sobre su uso y su trascendencia. En pocas palabras, no se da visibilidad a las contingencias. Existen muchas contingencias socioculturales que influyen sobre los medios sociales, y pueden variar en gran medida dependiendo del contexto de uso. En esta sección y en la siguiente me ocupo solo de dos corrientes básicas: la tendencia hacia modos de expresión multimedia en la esfera pública de Internet y la tendencia hacia una participación política individual y privatizada, en lugar de social, que proviene de la ecología social de la pantalla.

Los medios sociales son partes de una cultura de medios mayor, en la que la vida política evoluciona, alejándose cada vez más de la tradición de una comunicación lineal y textual, hacia formas multimedia. Las prestaciones de la web tienden a promover en particular una combinación de expresión visual, auditiva y textual, ritmo acelerado y carácter transitorio. La evaluación de estos desarrollos a menudo es una cuestión contenciosa.



Carr (2010), por ejemplo, sostiene que la lógica comunicativa de la web está socavando nuestra capacidad de pensar, leer y recordar. A pesar de que, claramente, su punto de vista no es desdeñable, tampoco refleja toda la verdad, y debemos dejar claro que la web también ofrece enormes ventajas en lo que se refiere al conocimiento y la experiencia. Aun así, no podemos ignorar que se está produciendo un cambio histórico en el carácter de la esfera pública, y que esto requiere que nos replanteemos algunos de nuestros supuestos con respecto a la democracia y la participación.

En parte, lo que está en juego es la noción clásica de racionalidad, que ha sido central tanto en la tradición política liberal como en la habermasiana. Se interpreta que los modos comunicativos multimedia de gran velocidad y corta duración debilitan el pensamiento racional/crítico, y nos conducen hacia modos de pensamiento más afectivos. Por supuesto, la cultura política no solo funciona en el nivel de las ideas formales, sino que también toma forma en diversas expresiones afectivas; esto ha sido así desde los albores de la civilización. Sin embargo, los observadores señalan que el panorama de los medios contemporáneos está anquilosando este desarrollo. Desde la cultura popular hasta el periodismo, desde el humor de la calle hasta las terapias de autoayuda, el pensamiento político está siendo enmarcado en formas nuevas y afectivas, y esto también es cierto en el caso de las iniciativas democráticas alternativas. Los enfrentamientos políticos no se manifiestan solo como afirmaciones políticas coherentes, sino que se pueden insinuar en la sátira televisiva (por ejemplo, en *The Daily Show*, con Jon Stewart), manifestar en letras rap, insertar en una novela policíaca o evocar a través de expresiones de solidaridad y atención a grupos marginados.

Por lo tanto, a pesar de que la articulación coherente de ideas sigue siendo una parte central de la vida política, los sentimientos políticos y la participación cada vez se manifiestan de una manera más afectiva, a través de diversos modos afectivos de expresión cultural, y se entiende que el carácter multimedia de la web y de los medios sociales promueve este desarrollo. La cultura mediática, en general, parece estar alejándose cada vez más de los ideales de la esfera pública tradicional habermasiana y su carácter racional, ante la mezcla frenética de imágenes, sonidos y textos, aparentemente infinitos, característica de la modernización reflexiva. La participación política contemporánea basada en la web ha de ser comprendida dentro de este contexto histórico. La interacción entre las prestaciones de las tecnologías de la comunicación y las prácticas a través de las cuales las personas hacen uso de ellas para servir a sus propios intereses se convierte en una dinámica central del entorno web e influye en la cultura política de manera más amplia, tanto en su corriente dominante como en su corriente alternativa.

En este interfaz, las personas construyen nuevos significados y expresiones a partir de formas nuevas y ya existentes de interacción, de relaciones sociales e institucionales y de obras culturales (Lievrouw, 2011: 216). Estas prácticas generan a su vez nuevas subjetividades políticas, y la evolución progresiva de las propias culturas civiles; las nuevas prácticas se establecen como recursos de los que la futura participación puede servirse. La política alternativa generalmente se basa más en el significado y la identidad subjetiva y personal que en las grandes abstracciones ideológicas, y esto a menudo se percibe como un desarrollo positivo. Sin embargo, el cambio hacia una participación excesivamente subjetivista y afectiva, que carezca de bases suficientemente analíticas, no resulta una visión atractiva

de un futuro democrático. Durante muchos años ha habido debates sobre la popularización y la sensacionalización, la mezcla de lo político y lo popular, y más recientemente sobre el *atontamiento* de los ciudadanos (véase Dahlgren, 2009). En última instancia, la cuestión quizás sea si las emergentes culturas políticas posttextuales de fuerte dimensión afectiva tienen por fuerza que ir de la mano de una irracionalidad destructiva. Por el bien de la democracia, debemos confiar en que esto no sea así.

#### CORRIENTES SOCIOCULTURALES 2: CONSUELOS DE LA ESFERA SOLISTA

Si seguimos examinando los usos políticos de los medios sociales, nos vamos tropezando con más y más cuestiones. En lo que se refiere a los patrones de interacción en Internet, los comentaristas (véase, por ejemplo, Benkler, 2006) han acuñado términos como *cocoon* (capullo, burbuja) y *echo chamber* (cámara de resonancia) para referirse a la tendencia de las personas a agruparse en redes con personas de ideas afines. Por supuesto que este es un patrón comprensible de comportamiento humano –uno que evita conflictos y refuerza la visión del mundo y los valores propios. Socialmente, tiene mucho sentido. Pero esto supone un peligro para la democracia: estos entornos sociales tan acogedores tienden a aislar a sus miembros de flujos discursivos mayores dentro de la sociedad política. Además, también ahorran a sus participantes experiencias de confrontación con puntos de vista alternativos, y no desarrollan su competencia para argumentar sus opiniones en una discusión. La cualidad dialógica de la esfera pública se erosiona con el intercambio de improperios entre grupos políticos, y demasiado a menudo no se llega del todo a entablar un debate civil. Esta tendencia a la retirada hacia reductos de afinidad ideológica se ve reforzada por los medios sociales. Esto es así particularmente en Facebook, donde la lógica definitiva se basa precisamente en “gustar”: pinchas en las personas que te gustan (*like*), es decir, las que son como (*like*) tú.<sup>1</sup> Las diferencias tienden a pasarse por alto (y el riesgo de narcisismo se hace con un lugar preponderante).

Un patrón sociocultural relacionado que parece estar emergiendo como contingencia significativa y que es preocupante con respecto a la participación y la cultura de la democracia es una forma de lo que podemos llamar visibilidad personalizada, que incluye la autopromoción y la autoexposición. Cuando los jóvenes (en especial) se interesan por la política, los patrones de interacción social digital tienden a transferirse a lo político. Papacharissi (2010) mantiene que aunque los ciudadanos digitalmente capacitados pueden ser diestros y reflexivos de muchas maneras, también suelen estar alejados de los hábitos civiles del pasado. Por ejemplo, a los ciudadanos jóvenes de algunas democracias no les resulta tan obvio que organizarse en la calle, movilizarse y manifestarse puedan ser formas relevantes o eficaces de práctica civil. En poco tiempo, los medios sociales se han convertido en lugares en los que practicar una interacción política que no aspira necesariamente a un encuentro cara a cara más allá de la pantalla (esta línea crítica se desarrolla con más detalle en Dean, 2010). Puede que en algunos casos estén en lo cierto pero, desde luego, las recientes insurrecciones en el mundo árabe, la militancia civil en los países del sur de la UE en respuesta a la crisis generada por las medidas de austeridad y el movimiento Ocupa Wall Street sugieren lo contrario.

De acuerdo con Papacharissi (2010), gran parte del comportamiento civil actual surge de los entornos privados que, según sugiere, están gene-

[1] Nota del traductor. El autor se refiere a que en inglés *gustar* (*to like*) y *como* (*like*) se dicen de la misma manera, señalando que en Facebook uno expresa su gusto por aquello que le es afín.

rando un nuevo “lenguaje civil”. Creo que este análisis está bien orientado pero, mientras que ella se refiere a este entorno de participación política como esfera privada, yo opino que este término puede llevar a confusión. Evoca con demasiada facilidad el medio familiar o casero tradicional. Por supuesto que este medio es parte del escenario total, al que yo denominaría esfera solista, para indicar su carácter históricamente nuevo. La esfera solista se puede entender como un hábito históricamente nuevo relacionado con la participación política por Internet, una nueva plataforma para la agencia civil. Papacharissi (2010) sugiere que el entorno de Internet, con sus poderosas prestaciones técnicas, desalienta la participación en otros entornos y favorece la retirada a un entorno en el que muchas personas sienten tener más control. A resultas de esto, emerge una socialización política en red y privatizada al mismo tiempo. Esto se comprende en la medida en que es cierto, pero al mismo tiempo introduce una contingencia históricamente nueva para la participación –que puede a su vez señalar un tipo de sistema democrático históricamente nuevo.

#### EL DESAFÍO DE LA PARTICIPACIÓN

El mundo está viviendo una época nefasta, y se enfrenta a muchas crisis, incluyendo una desaceleración económica que conlleva importantes trastornos sociales. La democracia, fuerte y vulnerable al mismo tiempo, se enfrenta a retos en muchos frentes, y resulta desmoralizador reflexionar sobre lo que está en juego y lo que haría falta para aliviar la situación actual. Los medios sociales y el uso que hacen de ellos los ciudadanos, a pesar de jugar un papel cada vez más importante al modelar y empoderar la participación, no pueden *salvar* la democracia ni pueden tampoco compensar por completo la obstrucción que ejercen determinados mecanismos sistémicos sobre la participación política. Sin embargo, en el contexto del paisaje mediático en constante evolución, los medios sociales, a pesar de sus limitaciones, sin duda desempeñan un papel importante en el mundo político de hoy y, con toda seguridad, han revitalizado la esfera pública, especialmente en lo que concierne a las iniciativas democráticas alternativas.

En el uso contextual de estos medios pueden emerger nuevas formas de prácticas e identidades civiles que renueven y amplíen el terreno e, incluso, la definición de política. Estos desarrollos se están dando a un ritmo vertiginoso, según el paisaje mediático y el mundo sociocultural se transforman a toda velocidad, alterando a su paso aún más las características clave de la democracia. Analizar las complejas contingencias que dan forma a los medios sociales apenas nos permite llegar a vislumbrar el potencial y los usos reales de los mismos, y la importancia que tienen para la participación. He mencionado algunas de las contingencias más importantes: la economía política, la arquitectura de la web y algunas corrientes socioculturales clave. Por supuesto, que queda terreno por explorar. Es necesario que la investigación siga examinando esta compleja relación para ahondar en una comprensión analítica de la participación, así como para contribuir a favorecerla.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BAYM, N. K. (2010), *Personal Connections in the Digital Age*, Cambridge: Polity Press.
- BENKLER, Y. (2006), *The Wealth of Networks: How Social Production Transforms Markets and Freedom*, New Haven: Yale University Press.

- CARPENTIER, N. (2011), *Media and Participation: A Site of Ideological-Democratic Struggle*, Bristol: Intellect.
- CARR, N. (2010), *The Shallows: How the Internet is Changing the Way We Think, Read and Remember*, Londres: Atlantic Books.
- CASTELS, M. (2012), *Networks of Outrage and Hope: Social Movements in the Internet Age*, Cambridge: Polity Press.
- (2010), *Communication Power*, Oxford: Oxford University Press.
- CASTORIADIS, C. (1997), “Psychoanalysis and philosophy”, en CASTORIADIS, C., *The Castoriadis Reader*, Oxford: Blackwell.
- CLELAND, S. y BRODSKY, I. (2011), *Search and Destroy: Why You Can't Trust Google*, St. Louis, MO: Telescope Books.
- COULDRY, N. (2012), *Media, Society, World: Social Theory and Digital Media Practice*, Cambridge: Polity Press.
- DAHLGREN, P. (2013), *The Political Web*, Londres: Palgrave.
- (2009), *Media and Political Engagement*, Nueva York: Cambridge University Press.
- DEAN, J. (2010), *Blog Theory*, Cambridge: Polity Press.
- VAN DIJK, J. (2013), *The Culture of Connectivity: A Critical History of Social Media*, Oxford: Oxford University Press.
- (2012), *The Network Society*, 3ª ed., Londres: Sage.
- DWYER, T. (2010), “Net worth: popular social networks as colossal marketing machines”, en SUSSMAN, G. (ed.), *Propaganda Society: Promotional Culture and Politics in Global Context*, Nueva York: Peter Lang, pp. 77-92.
- FEENBERG, A. y FREISEN, N., (eds.) (2012), *(Re)inventing the Internet: Critical Case Studies*, Rotterdam: Sense Publishers.
- FENTON, N. (2012), “The internet and social networking”, en CURRAN, J., FENTON, N. y FREEDMAN, D. (eds.), *Misunderstanding the Internet*, Abington: Routledge, pp. 123-148.
- FUCHS, C. (2011), *Foundation of Critical Media and Information Studies*, Abington: Routledge.
- HINDMAN, M. (2009), *The Myth of Digital Democracy*, Oxford: Oxford University Press.
- KADUSHIN, C. (2012), *Understanding Social Networks*, Nueva York: Oxford University Press.
- LIEVROUW, L. A. (2011), *Alternative and Activist New Media*, Cambridge: Polity Press.
- LOADER, B. y MERCEA, D., (eds.) (2012), *Social Media and Democracy*, Abingdon, Routledge.
- LOVINK, G. (2011), *Networks Without a Cause: A Critique of Social Media*, Cambridge, Polity Press.
- MACKINNON, R. (2012), *Consent of the Networked: The Worldwide Struggle for Internet Freedom*, Nueva York: Basic Books.
- MCCHESNEY, R. W., (2013), *Digital Disconnnet*, Nueva York: New Press.
- MOROZOV, E. (2011), *The Net Delusion: How Not to Liberate the World*, Londres: Allen Lane.
- MOUFFE, C. (2005), *On the Political*, Londres: Verso.
- PAPACHARISSI, Z. (2011), *A Networked Self*, Abingdon: Routledge.
- (2010), *A Private Sphere: Democracy in a Digital Age*, Cambridge: Polity Press.
- RAINIE, L. y WELLMAN, B. (2012), *Networked: The New Social Operating System*, Cambridge, MA: MIT Press.
- ROSANVALLON, P. (2008), *Counter-Democracy: Politics in an Age of Distrust*, Cambridge: Cambridge University Press.
- SUNSTEIN, C. (2008), *Infotopia: How Many Minds Produce Knowledge*, Oxford: Oxford University Press.
- TUROW, J. (2011), *The Daily You: How the New Advertising Industry is Defining Your Identity and Your Worth*, New Haven, CT: Yale University Press.
- VAIDHYANATHA, S. (2011), *The Googlization of Everything (And Why We Should Worry)*, Berkeley: University of California Press.